

se hizo prender por la guarnicion de Usson, que la retuvo presa, en virtud de las órdenes de Enrique III. Amenaza ella con dejarse morir de hambre (1); pero prefirió seducir al gobernador de Usson, que puso en su poder la plaza y su guarnicion (2).

Enrique III perdía todo prestigio en aventuras no menos mezquinas. A veces volvía á sus tentativas de alianza luterana, enviando á Schonberg cerca de los príncipes alemanes.—Lo que Schonberg haga sobre yo y os lo comunicaré, escribia Guisa á Mendoza (3).—Pero Schonberg cayó en manos de los jinetes de Alejandro Farnesio.—¡Qué asno! exclamó Enrique III. ¡Dejarse prender!—(4). Otras veces procuraba á su vez prender á los agentes españoles que le sobornaban los súbditos; pero su autoridad estaba tan desconocida que el duque de Mercoeur (5), en cuanto recibió la orden de prender á Moreo que se ocultaba bajo el seudónimo de Don Juan de Heredia, se dió buena prisa en revelar esta comision á la duquesa de Montpensier para que previniera á su hermano el duque de Guisa, como tambien á Moreo. La política francesa creía ponerse á buen recaudo aceptando todas las intrigas: casi todos los meses eran acogidos nuevos delegados holandeses (6) que presentaban súplicas y volvian con regalos de cadenas de oro (7); ó bien enviados de Inglaterra, que solian traer la orden de la Jarretiera (8) ó la reclamacion de las sumas prestadas por Isabel en otro tiempo á Francisco de Valois (9). Catalina de Medicis que olvidaba á la vez sus descalabros y sus quejas para fingir una tardía ternura para con las hijas de Felipe II, aprovechaba la ocasion del nacimiento de un hijo de la menor, casada con el duque de Saboya (10), para escribirles á las dos (11).

(1) La carta que escribió entonces á M. de Lansac para que se la enseñara á su madre tiene un gran estilo. Ms. Arch. nac. K. 1564 p. 6.

(2) Margarita quedó dueña de Usson hasta 1605, año de su vuelta á Paris.

(3) De Croze, t. I, p. 401.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1563, pieza 67, mayo 1585. «Nueva que el rey ha sentido mucho diciendo al oilla: Aquel asno se habrá dejado tomar.»

(5) *Ibid.* K. 1563, pieza 126. «... Cuyo verdadero nombre era el caballero Moreo... y él lo significó á su hermana de Mucio para que me lo advirtiese.»

(6) Busbecque al emperador Rodolfo, t. III, pág. 296. Del 25 de enero 1585.

(7) Ms. Arch. nac. K. 1563, piezas 23 y 48.

(8) Busbecque al emperador, tom. III, pág. 302. Mision de lord Derby.

(9) Mision de Horacio Palavicini, Ms. Arch. nac. K. 1563, pieza 116. Enrique III fué requerido, como heredero de su hermano Francisco, á restituir trescientos mil escudos, que avia prestado. Palavicini era «un mercader genovés hereje.»

(10) Véase el capítulo siguiente.

(11) Cartas de Catalina á la infanta Catalina, K. 1564, 3; á la infanta Isabel, K. 1564, 4; á Felipe II, K. 1564, 72; del 9 abril 1586.

Más firme en sus designios Felipe II, perseguía resueltamente su política en Escocia, en Inglaterra y en Francia. Hacia que los condes de Huntley, de Hamilton, de Morton y de Westmoreland le enviaran cartas en latin, invocando humildemente su intervencion (12); envió en abril de 1586 á María Estuardo una partida de cuatro mil escudos (13) y obtuvo de ella el mes siguiente (14) la cesion de todos sus derechos á todas las coronas de la Gran Bretaña «en el caso, decia la infortunada reina, que mi hijo no se convierta, ántes de mi muerte, á la religion católica.» Pero María Estuardo fué condenada el 25 de octubre del mismo año, mantenida entre la muerte y la vida espacio de cuatro meses por el capricho de su rival y ejecutada el 18 de febrero de 1587. El francés Meneville, á nombre del duque de Guisa (15), y el escocés Roberto Bruce (16) se concertaron para preparar una insurreccion católica; pero, dice Alejandro Farnesio, el rey de Escocia «está tan contaminado de la secta y faccion inglesa» y la estacion tan avanzada que no se puede pensar en una invasion. Léjos de adherirse á los proyectos de venganza que proponia Felipe II, el hijo de María Estuardo acogia al poeta del Bartas que le habia enviado Enrique de Navarra, lo ennoblecía con el título de caballero, lo colmaba de beneficios y parecia dispuesto á casarse con Catalina de Borbon, hermana de Enrique de Navarra (17). Con esto juzgaba Bernardino de Mendoza que el mejor partido era esperar el resultado de las tentativas de asesinato preparadas contra Isabel (18).

En Francia continúa la guerra civil y el único temor del duque de Guisa era «que se hiciera alguna alianza en cuya virtud, viniendo á una paz general que yo sé que sobre todo se desea, se haga caer todo sobre el brazo de S. M. C.» (19). Procura inquietar á Mendoza sobre las probabilidades de esta reconciliacion, se jacta de que su hermano el duque de Mayena no hacia caso de las instrucciones de Enrique III, de lo cual se podia informar á Feli-

(12) Ms. Arch. nac. K. 1564, piezas 90, 91, 92 y 138.

(13) *Ibid.* pieza 76, del 28 abril 1586.

(14) *Ibid.* pieza 93, del 20 de mayo. Véase tambien Labanoff, tomo VI, pág. 309 y siguientes.

(15) Ms. Arch. nac. K. 1565, pieza 109.

(16) *Ibid.* pieza 99, del 6 nov. 1587, Farnesio á Mendoza.

(17) Lodge, tom. II, pág. 352. «Gevin him a chain veying a thousand crownes and two thousand crownes.» Todavía se trataba de este casamiento el 16 de junio 1589 (*ibid.* pág. 404).

(18) Teulet, tom. V, carta del 13 agosto 1586.

(19) De Croze, tom. II, pág. 362, 364, 371.

pe II; pero sobre todo suplica que se le envíe dinero. «Bien sabeis cuánto nos importa estar prontamente socorridos. Os beso muy humildemente las manos.»

En 1587 se vió Francia recorrida por cinco grandes ejércitos: el del duque de Joyeuse, que avanzaba hácia la Guyena para derrotar al de Enrique de Navarra; el del duque de Guisa que cerraba el paso al que de Alemania venia á socorrer á los protestantes del mediodía, y el de Enrique III. El duque de Guisa dispersó á los alemanes en los combates de Vimory y de Auneau (1); pero Enrique de Navarra cargó á la cabeza de su caballeria hugonota al ejército de Joyeuse y lo destruyó en dos horas (2).

Era más que una batalla ganada; era más que un hombre de guerra lo que aquí se revelaba. Véase surgir el bravo que esperaban todos sus bravos caballeros, prontos á hacer gala de su valor en duelos y escaramuzas. Francia poseía los elementos propios para formar la máquina de guerra más perfecta que se habia visto en su historia, una caballeria invencible: faltábale el hombre que reuniera en sí las cualidades de todos, que fuera tan temerario como el máspreciado en los refinamientos de honor, bastante ingenioso para halagar las susceptibilidades y dotado de talentos políticos que le permitieran concentrar sus diseminadas fuerzas. Enrique de Navarra aparecia en Coutras como el jefe esperado, podia escuchar sin cólera á los grasientos predicantes que le reprochaban no haberse aprovechado de la victoria ganando alguna poblacion. Ellos no podian comprender de otra manera aquella jornada; él sabia que en adelante seria un honor combatir á su lado y que podria mandar á su caballeria que atacara á todo un ejército.

El duque de Guisa menospreció al gascon para acometer al mismo Enrique III, pues su ambicion lo impelia tanto como los consejos de España. «Lo que más importa ya, escribia Mendoza á Felipe II (3), es que Mucio ha saltado al foso y se halla empeñado con V. M.» Está esperando regimientos que ha prometido Alejandro Farnesio; no quisiera que entraran en Francia con las banderas rojas de España y propone que entren con las amarillas de Lorena (4). Sabe que Balagny, encargado por Francia de guardar á Cambray, reconoce su

(1) Batalla de Vimory, 26 octubre 1587; batalla de Auneau, 24 de noviembre 1587.

(2) Batalla de Coutras, 20 octubre 1587.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1566, pieza 147, del 9 junio 1587.

(4) *Ibid.* K. 1565, pieza 42, Mendoza al rey, 2 set. 1587.

autoridad, y teme que lo ataque Farnesio; asume su proteccion para con España, «no habiendo tratado nada con él, dice (5) sin conocimiento vuestro y el de todos los ministros de S. M. C. y sirviéndome de sus fuerzas, desearia á lo menos estar advertido, á fin de no embarcarme contra mi honor y reputacion.»

Este cuidado de su honor defendiendo á un cómplice era supérfluo: Balagny cobraba de España como el duque de Guisa (6), y por entonces no corria ningun riesgo.

Mayena, el hermano del duque de Guisa, estaba igualmente comprometido; llevaba en la correspondencia el seudónimo de *Jacobo de Arbelays* (7) y daba á Mendoza todos los informes que podia procurarse. Sin embargo, parece ser que no estaba muy bien remunerado de sus servicios, pues hubo de enviar á Felipe II uno de sus secretarios «para probarle con un gran discurso que habia sido el primero que inició los trabajos de la Liga,» que ha hecho enormes gastos sosteniendo el partido en Borgoña, Auvernia y Provenza, y que necesitaba una subvencion (8).

Pero los españoles no hacian caso de Mayena, el cual se habia desacreditado con el reciente asesinato del coronel Sacremore (9); hecho que refiere así el duque de Guisa á su hermana la duquesa de Montpensier (10):

«Al retirarse ayer mi hermano á su casa, hubo de rogarle Sacremore que tuviera la bondad de escucharlo, y estando solo en su guardarropa con él, le hizo una larga relacion de los servicios que le habia prestado, por los cuales queria pedirle una gracia, bien que á pesar de todo no la mereciera. Creyó mi hermano que aludia á la comandancia de una de las plazas que el rey le habia concedido, y le manifestó su buena voluntad; pero despues de mucho hablar llevó la insolencia hasta el punto de pedirle la

(5) Ms. Arch. nac. K. 1565, pieza 102, Guisa á Mendoza, 10 de nov. 1587.

(6) Cobró los años siguientes, pero se cree que hacia ya un año que cobraba. La suma de cuatro mil escudos pagados por Mendoza «á cierta persona que conoce Don Juan de Idiaquez,» en 1586 (K. 1564, pieza 116) debe atribuirse á Balagny.

(7) La clave de este seudónimo se dió por el mismo Felipe II al margen de una carta de Mendoza (K. 1570, pieza 31). Una nota de la cancelleria resume bajo este nombre supuesto una carta de Mayena (K. 1570, pieza 109).

(8) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 79, del 14 abril 1588.

(9) Carlos de Birague, llamado Sacremore, hijo del canceller Birague, mandaba en 1583 la compania del duque de Saboya al servicio de Enrique III; en 1585 se señaló como jefe de toda la caballeria italiana (Aubigné, tom. II pág. 450). Su regimiento dió el primer asalto á la ciudad de Monsegur en 1586 (*ibid.* t. III, p. 27).

(10) Ms. Arch. nac. K. 1565, pieza 135, del 15 de diciembre de 1587.

mano de su hijastra (1). Indignado mi hermano le contestó al momento:—Nos conocemos. Ni una palabra más. Salid.—Y abre la puerta para entrar en su aposento. Sacremore lo detuvo diciéndole:—No puede ser; ella me lo ha prometido—y quiere enseñarle su promesa. Mi hermano perdió entonces la paciencia, y volviéndose, lo traspasó de una estocada. Acudieron los de cámara y le dieron dos ó tres más, habiendo él llevado la mano á un puñal. Hé aquí el fin de la tragedia que todo el mundo tiene por justo, y mi hermano, obligado á obrar así, y á pesar de tal agravio, no puede ménos de sentirlo por el afecto que le tenia.»

Pero esta solicitud en disculpar á su hermano (2) no impedía que el duque de Guisa se cuidara de que los subsidios de España no se desparramaran en muchas manos.—El duque de Guisa me ha rogado, dice Mendoza (3), que no diga exactamente á su hermano el duque de Mayena, aunque me lo pregunte, la cantidad con que ordinariamente se sirve asistirlo V. M. Así no digo á uno lo que interesa al otro que les calle.—«Es muy bien así todo esto, pone el rey al márgen; y que no sepan los unos de los otros.»

El primer castigo de estas traiciones es atraerse el desprecio del enemigo que los subvenciona. Tratando á Guisa bajo el seudónimo de Mucio, viéndolo tan regularmente escribir que le besa con tanta humildad las manos y pedir dinero con urgencia para sus necesidades (4), Mendoza no se cuidaba de los intereses de su subalterno.—Empleo, decía (5), todos los medios para impedir la reconciliación de Guisa y el rey. Es necesario, añade, mantener la guerra civil en Picardía, áun contra los intereses de Guisa.

Felipe II no podía, sin embargo, ocultar al duque de Guisa el vasto proyecto que lo preo-

(1) Mayena tenía cuatro hijastras: su mujer Enriqueta de Saboya, hija de Honorato de Saboya, marqués de Villars, almirante de Francia, se casó en primeras nupcias en 1560 con Melchor des Prez, señor de Montpezat, y tuvo ocho hijos. En 1576 se casó con el duque de Mayena y tuvo cuatro hijos. Sobre los ocho del primer matrimonio tuvo cuatro hijas. ¿Cuál fué la seducida por Sacremore? No fué, como dice Estoile (30 diciembre 1587) la llamada Magdalena, como quiera que estaba ya casada desde 1583 con el conde de Suse. De las otras tres, Gabriela se casó con el hijo tercero del mariscal de Tavares, Juan de Saulx, vizconde de Lugny; Eleonora se casó con el conde de Carces, senescal de Provenza, y Margarita fué abadesa de Saintes. Podría sospecharse de Gabriela, que se casó muy tarde. Tuvo un hijo en 1617. Se ignora si tuvo algún otro de sus amores con Sacremore.

(2) Véase también sobre Mayena la carta llena de trapacerías y bajeas que escribe á Enrique III, después del rapto de Mlle. Caumont, K. 1564, pieza 9.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 79, del 14 abril 1588.

(4) De Croze, tom. II, pág. 282.

(5) *Ibid.* pág. 324.

cupaba en aquel momento. Grandes armamentos se acumulaban en los arsenales de España. Es contra Inglaterra, decían los protestantes.—Los españoles piensan en otras cosas que en Inglaterra, contestaban los hombres graves (6).—Echo en falta á Moreo, escribía Guisa á Mendoza (7), siendo muy importante que lo vea ó á vos para muchos é interesantes asuntos para los cuales no quiero fiarme sino de uno de los dos. «Quiere enviar á Flandes á su hijo con cincuenta hombres al momento que sepa que el duque de Parma está presto para embarcarse.—No sé si sería descubrirse mucho, pone por nota Felipe, que no gusta del exceso de celo (8), y quiere conservar á Guisa como espía, sin comprometerlo inútilmente. Moreo vuelve (9) y escribe al duque de Guisa (10) que se huelga infinitamente de volver después de tan larga espera. Da á conocer las órdenes de Felipe II y queda enterada la Liga.—Me hallaba un día en San Pablo, donde se celebraba el consejo, refiere un denunciador (11), y allí uno de ellos hizo una propuesta sobre la ciudad de Boloña que, según decían, era muy necesaria para que arribara la armada de España que estaban esperando.—Enrique III, decía el pueblo, ha vendido esta ciudad á los ingleses, los cuales le han enviado «muchos barcos cargados de oro y plata.» Y la credulidad de los parisienses se alimentaba con noticias de esta gran traición, sin notar que los verdaderos traidores eran los que habían estado para entregar á Felipe II dicha ciudad de Boloña.

En medio de tales peligros sólo procuraba Enrique III vivir al día (12); sufría con paciencia las humillaciones; «creerfáse que el rey soporta todos los oprobios del mundo sin ánimo de desquitarse; ántes hoy que mañana quisiera yo morir, exclama Villeroy (13), si hubiera de continuar este juego. Guisa no parecía tampoco más animoso: hostigado por sus cómplices del populacho parisiense, aún tenía que satisfacer y sufrir las exigencias de Mendoza.—Le dije, anuncia este (14), que me procure las instruccio-

(6) *Cartas de Bongars*, p. 115, Bongars á Camerario, mayo 1588. «Scribunt tamen viri prudentes Hispanum alio quam in Angliam cogitare.»

(7) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 61, del 31 marzo 1588.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 55, del 15 marzo 1588.

(9) Del 19 al 30 de abril 1588.

(10) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 83.

(11) Nicolás Poullain. Véase también sobre este asunto de Boloña el folleto publicado en París, imprenta de M. Jourin, *Traición descubierta de Enrique de Valois sobre la rendición de la ciudad de Boloña á Jezabel*.

(12) D'Aubigné.

(13) Villeroy á Matignon, pág. 192, del 14 junio.

(14) De Croze, tom. II, pág. 328, 330, 333.

nes remitidas á los diplomáticos franceses y me las da al cabo de algunos días. Toma medidas para atarle las manos al rey é impedir que auxilie ni con palabras á la reina de Inglaterra; pero he juzgado conveniente retardar su golpe de Estado hasta el momento en que se haga á la vela la armada española. Todo está dispuesto y el rey de Francia va á recibir una buena lección.

Esta lección era el alzamiento de París. Las jornadas de las barricadas (1) no dieron sin embargo satisfacción á Mendoza.—El absceso no ha reventado como yo creía; sin embargo, están fuera de estado de llevar el menor auxilio á Inglaterra.—El duque de Guisa anda á las greñas con los impacientes de la democracia. Ocho días después de haber hecho huir al rey á Chartres, escribe ya á Mendoza pidiéndole dinero (2), dinero y lansquenets, dice repitiendo la súplica (3); después se vuelve á Farnesio tendiéndole los brazos.—Mucio se hace importuno, escribe desdeñosamente Farnesio (4), «declarándome lástimas y miserias.» Mendoza es también inexorable. Sabe que los ligeros de París tienen dinero (5) y que temen que Guisa se lleve sus fondos; promételes guardar secreto y sostenerlos en todas sus necesidades. Así, se ocultan unos de otros. Cuando Guisa hace la reconciliación con Enrique III es también para engañarlo, se jacta de impedir el despertamiento patriótico de los franceses que quieren reconquistar el marquesado de Saluces, ocupado en plena paz por el duque de Saboya. El peligro de un concierto de todas las facciones contra el enemigo nacional no era en manera alguna quimérico; el mismo Guisa lo afirma (6). «Los estados se han conmovido con mucho ardor y por poco no se toma de comun acuerdo la resolución de apartar todo otro designio de guerra en Francia, hacer las paces con los herejes y reunir todas las fuerzas para ir directamente contra el duque de Saboya y conservar el honor de Francia.»

Reunir todos los partidos para conservar el honor de Francia fué una tentación que no combatió sólo Guisa.—El preboste de los comerciantes de París (7) se ha comportado admirablemente en esta ocasión, escribe Mendo-

(1) Del 9 al 13 mayo 1588.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1568, pieza 50, del 21 mayo.

(3) *Ibid.* pieza 54.

(4) Citado por Motley, the United Neterland, t. I, pág. 306.

(5) De Croze, tom. II, pág. 368.

(6) *Ibid.*, tom. II, pág. 377.

(7) Mendoza á Felipe II. *Ibid.* Este preboste era el contador La Chapelle Marteau.

za: ha demostrado que el duque de Saboya sería socorrido por el rey de España y que una guerra con España sería desastrosa para la causa católica; su opinión ha arrastrado la clase media y el clero; pero la nobleza está pesarosa.—España pudo impedir así un olvido de odios semejante al que había permitido, después de la primera guerra civil, recobrar el Havre á los ingleses. Guisa tiene buen cuidado de hacer que se conozcan los esfuerzos con que ha logrado conjurar esta calamidad (8).

Tiene él también sus proyectos gigantescos: sus pensamientos son tan audaces que no se atreve á formularlos en cartas; explícase con Moreo y ruega á Felipe II permita á Moreo pasar á España para repetirle lo que no puede escribirse (9). Se ve cortejado por sus más orgullosos enemigos: el altivo duque de Epernon ofrece (10) entregarle á Metz y Boloña, si consiente en aceptarlo por amigo, mantenerlo en Angulema y Saintonge y conservar la Provenza para su hermano La Valette. Enrique III conoce estos manejos secretos; ve el peligro y elude su suerte con un asesinato.

Mendoza había previsto este desenlace desde los primeros días de la llegada del duque de Guisa á Blois.—Una agresión abierta contra él no es de temer, decía (11), porque va bien acompañado; el verdadero peligro está en el gabinete del rey, donde nadie entra sino solo y donde pueden acometer á uno diez ó doce hombres. Sin embargo, no creo fácil que se prepare una sorpresa así, sin que se me previniera á tiempo. Por otra parte, la reina Luisa (12) que es buena católica, no dejaría de avisar al duque.

Más prudente que el duque de Guisa, Mendoza permanece en Saint Diez, cerca de Blois, y huye del gabinete del rey. El 23 de diciembre hizo llevar á Guisa dos cartas de Alejandro Farnesio; pero al entrar el correo en la ciudad supo ya el golpe de Estado. Diez y siete de los cuarenta, y cinco gascones de Enrique II estaban á la puerta del gabinete y ellos mataron al duque de Guisa. Larchant, el capitán de los guardias redujo á prisión al cardenal de

(8) Ms. Arch. nac. K. 1568, piezas 134 y 140. En diciembre de 1558, quince días ántes de su muerte. Puede decirse que el último pensamiento del duque de Guisa fué impedir la defensa del suelo francés.

(9) *Ibid.* K. 1567, pieza 102.

(10) *Ibid.* pieza 171, del 6 nov. 1588.

(11) De Croze, tom. II, pág. 355, del 9 agosto 1588.

(12) Luisa de Vaudemont nació en 1553, se casó con Enrique III en 1575 y murió en 1600. Véase por qué tomó Enrique III tales precauciones para ocultar su designio á su mujer.

Guisa (1). Mendoza había visto con harta frecuencia atormentar á sus cómplices de conspiración en Inglaterra para afligirse por la suerte de estas nuevas víctimas. El dinero de su amo se ha gastado inútilmente; es una desgracia. En cuanto al duque de Guisa, «Mucio había

tomado tan á pechos parecer que manchaba su buena intención con mostrar miedo del rey, que el punto desto le vino á matar» Queda Aumale, «mozo de poca experiencia.» La situación es grave, si Mayena y La Chastre se dejan coger (2).

CAPÍTULO VII

SITUACION ADMINISTRATIVA

1582-1587

LAS CORTES DE MONZON.—LA JUNTA DE NOCHE.—LAS COLONIAS.—ITALIA

1.—Las cortes de Monzon

Felipe II quería merecer la reputación de un rey que «con su prudencia todo lo remueve fuera y nada perturba dentro» (3), y había tenido cuidado de hacer reconocer solemnemente por heredero suyo al príncipe Felipe (4); quiso también asegurar la fidelidad del turbulento duque de Saboya y lo autorizó á pedir en matrimonio una de las infantas (5).

Cárlos Manuel tenía veintitres años (6); era jorobado, y fué rechazado por la mayor de las infantas (7); el marido que tuvo luégo esta princesa hubo de darle ocasiones de sentir este momento de desden. Su hermana Catalina, que tenía entonces diez y ocho años, se resignó á aceptar lo que su educación le hacía considerar como un mal casamiento. El novio quiso presentarse con pompa ante la corte de Madrid y se hizo acompañar de los gentiles hombres de Saboya y del Piamonte. «Será de nuestro mayor agrado, les dijo (8), que os pongais las mejores galas que podais, cuidando de que las

calzas sean de bolsa y no de gregua, bien amplias; y que los lacayos lleven capas bien largas, y los pajes capotes de mangas. Será de nuestro mayor agrado que os mandeis hacer la ropa en Turin á la moda que se os dirá.

La nobleza castellana hizo gala «de su grandeza y riqueza con las muchas joyas y vestidos y con la pompa de muchas y diferentes libreas y criados» (9). Felipe II llegó hasta Zaragoza con sus hijos y su corte (10). El príncipe Don Felipe, que tenía siete años, y era enteco y enfermizo (11), fué presentado á los aragoneses al lado de sus hermanas acompañadas de doce damas de honor y veinte criadas escogidas entre las más hermosas del reino; en medio de ellas se distinguía la duquesa de Aveiro «portuguesa más hermosa que todas» (12). El rey honró á su futuro yerno, poniéndolo á su derecha (13); distribuyó collares del Toison de oro, y asistió al baile que se dió en una vasta sala adornada con los célebres tapices de seda y oro que representaban la conquista de Túnez. La familia real estaba subida en un estrado; las damas sentadas abajo en círculo, escuchaban á los cortesanos que permanecían detrás de ellas con una rodilla en tierra. Levantábanse para

(9) Herrera, tom. II, pág. 445.

(10) *Relacion del Viaje hecho por Felipe II en 1585 á Zaragoza, Barcelona y Valencia*, escrita por H. Cock, notario apostólico y armero de la guardia del cuerpo real, y publicada de real orden por A. Morel Fatio y Antonio Rodríguez Villa, Madrid, 1876.

(11) Ms. Bibl. nac. fondo español, 168 fol. 181. «Le crió una mujer de no mucha salud, de donde traxo una enfermedad que todavía le dura (1609) y la llaman usagre.»

(12) *Relacion del Viaje*, pág. 56.

(13) *Doc. inéd.* tom. VII, pág. 397.

(1) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 185. Relacion enviada á Felipe II, del 25 de diciembre 1588.

(2) *Ibid.* piezas 190 y 191.

(3) D'Aubigné, *Las Historias*, tom. II, pág. 208.

(4) En 1583. Herrera, tom. II.

(5) El orgullo con que este insigne favor fué concedido al duque está todavía hoy vivo entre los españoles más distinguidos: muy satisfechos están del honor hecho por Felipe II, el cual «dando de lado dice Cánovas del Castillo, á la soberbia española, procuró estrechar amistades con el revoltoso duque de Saboya dándole nada menos que una de sus hijas.»

(6) Nació en 1562 y sucedió á su padre Manuel Filiberto en 1580.

(7) Cartas del Cardenal Ossat, nota de Amelot de La Houssaye, om. I, pág. 51.

(8) Cárlos Manuel á Cornillon de Salanches, 7 set. 1584, *Revista de los Doc. hist.* año 1880, pág. 79.

bailar, cubriéndose los caballeros la mano con un guante ó con un pañuelo. Luégo, como á pesar de la santa Inquisición, permanecía siempre en las costumbres un sello de los usos musulmanes, dos damas de la corte ejecutaron solas una danza nacional «con gran contentamiento de todos los que la presenciaron» (1). La ceremonia del casamiento tuvo despues lugar bendiciendo la union el cardenal Granvela, mientras se cantaba un motete compuesto para la fiesta por Jorge de la Hele, maestro de capilla del rey.

El rey acompañó á los jóvenes esposos á Barcelona, y dejándolos á bordo de su galera, volvió á Zaragoza para una nueva fiesta, ó sea «un auto del Santo Oficio de la Inquisición, al que asistió el cardenal Granvela, y hubo tanto número de penitenciados bearneses y moriscos que en muchos años no se había visto tan grande» (2).

El resto del año fué más triste (3). Felipe II tuvo que ir á la insalubre ciudad de Monzon, encerrarse en ella, despertar los recuerdos importunos de las cortes de su juventud (4) y escuchar á los procuradores de Aragon, cuyos derechos había jurado respetar. Hubiera podido adivinarse la disposición con que iba á sufrir de nuevo las reclamaciones de las cortes, habiéndolo visto entrar de noche en Barcelona para evitar una solemne recepción, cuyas ceremonias «estaban arregladas por ciertas costumbres antiguas, que parecían entonces incompatibles con la grandeza de tal príncipe» (5).

Las cortes de Monzon reunían á los procuradores ó diputados de Aragon, Valencia y Cataluña; pero Aragon se enorgullecía con derechos más amplios que las otras dos. Sus fueros, consagrados por el juramento de Felipe II y por el de su hijo el príncipe don Felipe, sostenían una institución extraordinaria para la época, la de la *Manifestación*. La *Manifestación* era el derecho que tenía el Justicia de Aragon para traer á sus propias cárceles á todo acusado que reclamaba su protección. El acusado que entraba así en la prisión de los *Manifestados* estaba seguro de ser juzgado por sus jueces legales, defendido por un defensor, dis-

(1) *Relacion del viaje*, pág. 52.

(2) Herrera, tom. II, pág. 445.

(3) La ausencia se prolongó más de un año: la partida de Madrid fué el 19 enero 1585, la estancia en Zaragoza y Barcelona se prolongó hasta fines de junio; las cortes de Monzon duraron del 28 de junio al 2 de diciembre. Felipe II estaba aún en Valencia el 18 de enero de 1586.

(4) Las de 1563.

(5) Herrera, tom. II, pág. 445.

pensado de la tortura, protegido contra toda violencia (6). Es un caso único en la historia del derecho criminal: ha habido un pueblo en el siglo XVI que trataba á los acusados como los tratan hoy todas las naciones. El Justicia de Aragon no venía á ser el juez; impedía al contrario que se privara del suyo al acusado. Para ser *Manifestado*, no había sino poner el pié en tierra de Aragon.

A pesar de esto, no hay que creer que las demás costumbres del país fueran tan generosas: uno de los más acérrimos defensores de los fueros, aquel cuyo retrato está hoy en el salón de sesiones del congreso de los diputados, en Madrid, como uno de los precursores de los liberales, Don Diego de Heredia, declaraba que se había reconocido siempre el derecho de ahorcar á sus vasallos, sin oír su defensa, y había hecho uso de él muchas veces (7); otro, el duque de Villahermosa, á quien Felipe II llamaba el *filósofo de Aragon*, probaba que tenía el derecho de destruir sin forma de juicio la vida y los bienes de sus vasallos, y declaraba en su testamento que desheredaba á aquel de sus descendientes que renunciara á este derecho.

Los odios privados se añadian á la incoherencia de las instituciones para turbar el país y ofrecer los pretextos de intervención que deseaba la autoridad real. El negocio del condado de Ribagorza, que fué sometido, de los primeros, á Felipe II á su llegada á Monzon, hace comprender bien sus embarazos entre leyes liberales y bárbaras costumbres.

El condado de Ribagorza, que se extendía de Bañeras de Luchon á Monzon, comprendía diez y siete villas y doscientos diez y seis villorios: el conjunto en verdad no encerraba más de cuatro mil habitantes (8). El rey Juan II, padre de Fernando el Católico, lo había separado de la corona de Aragon y dado á su bastardo don Alonso.

Don Alonso de Aragon, que guerreaba en el Ampurdan por su hermano el rey Fernando, se retira una noche á un castillo, se enamora de la hija de su huésped, María de Junques, la roba por fuerza y se la lleva á su condado de Ribagorza. Triunfa allí de su resistencia y tiene de ella un hijo, del cual descienden los condes de Gurrea y los duques de Villahermo-

(6) Marqués de Pidal, *Alteraciones de Aragon*, tom. I, p. 49.

(7) *Ibid.* pág. 36.

(8) La capital era Benabarre; los pueblos, Lasquarre, Venasque y Roda.